

—¿Eran menos cultos en Fuerza Nueva que en Falange?

—Menos cultos que los de Falange de los años 30, sí. Respecto a sus contemporáneos, no. Bueno, hubo muchas falanges. Pero ni siquiera Falange Auténtica, la más inconformista, actualizó su manera de presentarse. La prueba es que la gente no los votaba, ni siquiera la gente de derechas.

El libro de Fernández Soldevilla y López Pérez se parece a esas novelas que tienen dos historias que terminan por enlazarse. En su caso, la otra mitad corresponde a la bibliofobia de ETA, que fue más tardía (sobre todo, a partir de los 90) y menos duradera, pero que dejó cicatrices aún más dolorosas, incluido el atentado contra José Ramón Recalde, el dueño de Lagun, en el año 2000.

Un resumen: ETA atacó las librerías que consideró hostiles sobre todo a partir de la doctrina de la socialización de la violencia y de la estrategia del terrorismo de baja intensidad de la *kale borroka*. Los casos reseñados en el libro tienen un patrón parecido: cuando los *abertzales* convocaban una jornada de lucha o de duelo por la muerte de un terrorista y un negocio se negaba a secundar sus convocatorias, sus dueños se convertían en enemigos públicos. Es lo que le ocurrió a Lagun en San Sebastián y a Minicost en Andoáin. ¿No le pasó lo mismo a carniceros, farmacéuticos y mecánicos?

«En general sí: ETA odiaba a sus disidentes, cualquiera que fuese su oficio. Mató a sepultureros, camareros y profesores, a cualquiera que pensase de una manera patrióticamente incorrecta, sobre todo desde 1995. Pero hay una parte de ensañamiento en las librerías porque eran símbolo y foco de propagación de una cultura que no podían controlar. Lagun estaba en su zona nacional, era un desafío. Por eso no solo atacaron Lagun, llamaron a boicotarla», explica Fernández Soldevilla.

Y aquí es donde las dos historias de *Allí donde se queman arden* se cruzan. Incluso los enemigos de ETA terminaron por ser los mismos que los de la ultraderecha: ETA, en su política antiintelectual, persiguió a artistas y escritores como Ibarrola, Pinilla, Guerra Garrido, Recalde, López de Lacalle... Los mismos antifranquistas a los que habían perseguido los ultras. «Era una generación entera que venía de la izquierda antifranquista y que en los años 90 se volvió peligrosa porque tenía una legitimidad de origen que no tenían otros enemigos de ETA. Por eso hay una saña especial hacia ellos. A la viuda de Gabriel Celaya le tiraron huevos un día que fue a inaugurar un colegio que llevaba el nombre de su marido. ¿Por qué? Porque había sido un antifranquista no nacionalista y había que borrar su memoria».

“HILLARY CLINTON PERDIÓ LAS ELECCIONES POR SER MUJER”

Tom Perrotta. Feminismo, liderazgo y sueño americano convergen en la nueva “novela de instituto” del exitoso autor de ‘The Leftovers’ y ‘Election’

Por **Philipp Engel** (Barcelona)

Tracy Flick se ha hecho mayor. Aquella ambiciosa alumna del Instituto Carver, que se presentaba a presidenta del consejo estudiantil, aspira ahora a dirigir otro Instituto, el de Green Meadows, siempre en Nueva Jersey. Igual no leímos la segunda novela de Tom Perrotta (Newark, 1961) porque nadie entonces se molestó en traducirla, pero recordamos a Flick como la jovencísima Reese Witherspoon, en la película de culto *Election* (1999), de Alexander Payne.

El escritor confirma que Witherspoon volverá a ser Flick en la próxima adaptación que el mismo equipo creativo llevará a cabo de esta inesperada y deliciosa secuela recién publicada por Libros del Asteroide: «No puedo recordar cómo imaginé a Tracy Flick cuando escribí *Election* en 1993. Pero, como le ocurre al resto de la gente, ya sólo puedo verla a través de Reese Witherspoon. Así me la imaginé cuando escribí Tracy Flick nunca gana. Ella le imprimió su estilo al personaje, un cierto ritmo en la manera de hablar, que he tratado de reproducir. Ahora averiguamos qué ha sido de ella durante estos 30 años», explica Perrotta desde su casa en Belmont, un privilegiado suburbio de Boston.

Entre otras cosas, averiguamos que su ambición política la llevó a soñar con la Casa Blanca, cosa que inevitablemente nos recuerda lo cerca que estuvo Hillary Clinton de convertirse en la primera presidenta de Estados Unidos. «Totalmente, Hillary perdió las elecciones por ser mujer», dice Perrotta. «Estaba mucho más preparada para el puesto que Trump, pero no encajaba en la idea que nuestra sociedad se hace de un líder. La ambición de una mujer hace que sea vista como demasiado dura o antipática». Su adversario, en cambio, podía ser moralmente condenable, pero «seguía resultando simpático para mucha gente».

La novela pone en tela de juicio la cultura del éxito y ese heroísmo tan americano a través de la imposición de un «salón de la fama» de antiguos alumnos, al que solo optan patéticos candidatos y un ídolo deportivo, claro favorito: «Los deportistas son los grandes héroes de la sociedad americana. Es el correlato del viejo mito del heroísmo, defendido por políticos como Kennedy: demostrar valentía bajo el fuego enemigo ya te valida como líder. Tracy no es un hombre, tampoco es deportista, y no le gustan toda esas cosas que la hacen sentir lo contrario de empoderada. Se pasa la novela buscando la manera de convertirse en una líder, en el marco de una sociedad que no puede verla de esta manera».

Otro mito muy americano es el del «hombre hecho a sí mismo», la cultura del esfuerzo, o el espejismo de la meritocracia, que la novela también desmitifica a

través del desencanto de Flick: «Es la deconstrucción femenina, o feminista, de ese mito, la idea de que trabajando duro, y siendo un poco listo, puedes llegar a la cima. Pero ella se da cuenta de que, nuevamente, hay otro patrón que se repite: siempre son hombres mediocres los que obtienen aquello que ella se merece, de modo que acaba sintiéndose menos fracasada, porque entiende que es algo estructural».

Y sin embargo, a lo largo de estos 30 años, todo ha cambiado. En los 90, sus encantos arruinaron la carrera de hasta dos profesores del mismo instituto. «En mis novelas, o por lo menos en las de *Tracy Flick*, *La señora Fletcher* o *Juegos secretos*, examino cómo la Revolución Sexual ha desestabilizado la moral tradicional. Vivimos en una cultura individualista que te empuja a hacer lo que sea para ser feliz, pero luego hay que ver dónde están los límites. Siempre intento responder a las controversias que están en el aire. Cuando escribí *Juegos secretos*, por ejemplo, había mucha ansiedad en torno a la pederastia y a la vulnerabilidad de los niños —se votaban leyes para que los criminales sexuales no pudieran regresar a sus barrios originales—, y yo quise examinar el asunto atendiendo a los dos puntos de vista. Al mismo tiempo, Kate Winslet y Patrick Wilson, vivían una relación adulteraa en la película que adapté junto a Todd Field, cosa que hoy se entiende, pero en el siglo XIX era intolerable. A la inversa, con el MeToo, hoy vemos a muchos hombres acusados de cosas que antes eran aceptadas».

Los institutos, como el de Green Meadows, son la perfecta metonimia de la sociedad americana. En la novela, de lectura tan amena como inteligentemente divertida, aparecen otros muchos temas, como el trato reservado a las minorías raciales, la identidad sexual, o el problemilla que Estados Unidos tiene con las armas. Los institutos, en su mayoría públicos, son de hecho el centro de una sociedad americana que, en su mayoría vive en Suburbia, lejos de la ciudad, y determinan el tejido social de los alrededores.

«Como son instituciones públicas, y en su mayor parte financiadas con impuestos locales, el poder adquisitivo de los vecinos determina la calidad de la enseñanza de sus hijos, y es algo que se perpetúa de manera cíclica. Yo mismo me vine a Belmont, donde se respira un ambiente muy académico, por la calidad de sus institutos, y eso que provengo de un suburbio de clase trabajadora de Newark. Mis padres creían que había realizado el sueño americano. Ahora comemos y bebemos cosas muy distintas».

El escritor, guionista y productor ejecutivo Tom Perrotta, en su casa de Baltimore.
BOSTON GLOBE

